



## CAPÍTULO XI

Asia occidental. — Arabia (1). — Rápidas invasiones en Asia y en Africa. — La reina de Saba. — Expedición de Africa. — Sujecion y decadencia

Ya espiró el tiempo para los hijos del Yemen, tiempo en que recorrian el mundo de Oriente á Occidente; su papel es ahora limitado, y salvadas algunas expediciones al Africa y á la India, ya no harán resonar como antes por la tierra el ruido de sus triunfos.

El instinto por el salteamiento y pillaje es uno de los caracteres del árabe. Este grito nacional lanzó hácia la Persia al descendiente de Nooman, el bravo *Al-Harith*, é invadió el Azerbid-Jayan, y merced á las turbaciones del imperio iránico, vuelve cargado con rico botín, merced por ello el sobrenombre de *Al-Raijisch* el rico. Parece que fué este el conquistador que reunió en su cabeza las dos coronas de los reyes de Saba y de los reyes de Hadramant.

Habiendo «seguido» (*tabbaru*) todos los pueblos del Yemen sus leyes, tomó este el título de *Tobba*, que en lo sucesivo fué la designación monárquica (2). Su ejemplo y su gloria sedujeron á su hijo Saab, por sobrenombre *d'Hul Karnein*, «el bicornio», cuya fama de salteador llegó hasta el Cáucaso.

Uno de los Rustem de la Persia le derrotó y dió muerte en Sogdiana. Disgustados de las excursiones hechas al Oriente, tomaron los árabes otro camino: *Abraháh*, el «príncipe de Phares» *d'Hul Alinar*, dirigió sus armas hácia la Libia y Egipto. Iba edificando por el camino torres, y colocando en ellas faroles para que al regreso les fuera conocido lo andado; esta precaucion, que parecia inútil al ménos en Europa, es casi necesaria en los movedizos desiertos de

(1) Para este capítulo véase *Pococke Specimen historiae Arabum*, edicion de Sacy; Schultens, *Imperium Jotánidorum*; Cantú, *Historia Universal*, tomo VIII, etc.

(2) Schultens, *Hist. imp. Jotánid.*, pág. 22.

Africa. Parece que este jefe del Yemen se puso á la cabeza de los restos de todas las poblaciones arrojadas de la Palestina por Josué y los israelitas, de todos los fugitivos del Egipto y de la costa marítima, y los llevó hasta Tánger, extremidad occidental del Africa (1), lo que le valió el sobrenombre de *africano*, *Afrikis* (2); llamábase también «el señor de los Terrores» *d'Hul-Adahar*, porque los vencidos y los esclavos temblaban á su vista.

El Oriente debia ser siempre fatal á los Hymiaritas. Sargon el asirio les hizo sentir el esfuerzo de su brazo. «Impuso tributos, dice, á Sansia, reina de la Arabia (Aribi), y á It-Himya el sábio, en oro, yerbas odoríferas, caballos y camellos» (3). El hijo de Abraháh, *Al-Haida*, el «Señor de los Dedos», *d'Hul-Shanathir*, ataca al Iran y perece en el camino. Era el padre de la famosa reina de Saba, *Balkisa*, «esposa de Salomon, á quien la paz y la bendición asista» (4).

La reina de Saba, que oyó la reputacion de Salomon, quiso tentarle por sus enigmas, y fué á Jerusalem con gran aparato, cargados de perfumes sus camellos, y con mucho oro y piedras preciosas; y hallándose á la presencia de Salomon, le manifestó lo que su corazón sen-

(1) Nuweiri. Ibu-Hamedun, *Mul'feda* concuerdan bajo este punto de vista; es una prueba más en favor de la Biblia. (Véase Sacy, *op. cit.*)

(2) Los historiadores árabes pretenden que él es quien dió su nombre al Africa: hé aquí cómo se le designa: Afrikis-ben, Sai-feben, Sabalen-ben, Yaschob-ben, Jacob-ben, Kathtan; es decir, hijo de Saife, hijo de Saba, hijo de Yaschob; hijo de Jacob, hijo de Kahtan, que seria el Yoctan de la Biblia. M. Duverger, *op. cit.*, págs. 50 y 52.

(3) J. Oppert, *los Fastos de Sargon*, en fólío, 1863.

(4) *Mul'feda*, citado por Pococke, *op. cit.*

tía, exponiendo á su vez lo que tenia pensado, y no hubo nada que no le aclarase. Y habiendo tenido ocasion de observar la sabiduría de Salomon, y visto el palacio que él habia edificado y los manjares de su mesa y las moradas de sus criados, y todas las prendas y vestidos de sus oficiales y las víctimas que inmola en la casa del Señor, quedó ella admirada y dijo al rey: «Todo cuanto yo oia decir en mi país de tu virtud y de tu sabiduría era cierto; no creia las relaciones que se me hacian antes de que yo viniera y por mí misma no persuadiera. Has adquirido la fama con tu virtud; dichosos los hombres que te asisten en todo tiempo, y que oyen las palabras de tu sabiduría...» Ella dió al rey ciento veinte talentos de oro y una buena cantidad de aromas y de piedras preciosas. «Y el rey dió á la reina de Saba todo lo que quiso y cuanto pidió, y mucho más que ella habia llevado, y marchó para su país» (1).

Así se expresa el libro sagrado al tratar de esta entrevista, la que han tratado de desfigurar los historiadores árabes, embelleciéndola con toda la riqueza de su poética imaginacion. Nada hay más célebre en Oriente que el viaje de la famosa reina; y todos los países por donde penetraron los hijos de Ismael, atestiguan el hecho de haber sido con gloria gobernados por esta princesa. Hasta la China ha querido apropiarse esta historia (2); muchos pueblos de los alrededores de la Arabia quieren, si no haber sido súbditos de Balkisa, al ménos haber participado de los reyes descendientes de ella y del sábio monarca de Jerusalem.

A Balkisa atribuyen las leyendas árabes la construccion (3) ó al ménos la reparacion del célebre dique llamado Arim, situado cerca de Marel, y que formaba la inmensa presa destinada á separar las aguas torrenciales del rico territorio de Saba, país «en el que sus habitantes gozaban de todas las delicias de la vida, te-

(1) Paralipomenos, cap. IX.

(2) Véase el cap. de la China.

(3) Esta construccion se remonta, segun algunos, á Lockman, segundo hijo de Ao, padre de Adites. Referimos este hecho, porque la «rotura del dique», *Set-el-arim*, acaecida despues de la era cristiana, es uno de los hechos que comprueban la cronología árabe.

niendo en abundancia todos los medios de subsistencia; una tierra fértil, un aire puro, un cielo sereno, numerosas fuentes, una dominacion bien consolidada, un imperio en el más alto grado de prosperidad; era, en fin, como la diadema que coronaba el universo» (1).

Parece, por lo demás, una cosa singular que existiera en aquellos remotos tiempos un reino árabe gobernado por mujeres. Ya hemos visto que se hace mencion de la reina Sansia, á la que Sargon se jactaba de haberla impuesto un tributo. Veamos ahora lo que favorece la proclamacion de Assar-Haddon. «La ciudad de Adu-Mu, ciudad del poder de los árabes, que habia tomado Sennaquerib, rey de Asiria, el padre que me ha engendrado fué atacado nuevamente y me llevé las gentes á Asiria. El delegado de la reina de los árabes se marchó á Nínive, y se prosternó delante de mí. Rogóme le devolviera sus dioses, y yo oí los votos que hacia. Restauré las imágenes de los dioses que ya estaban deterioradas. Mandé escribir sobre las imágenes de los dioses los elogios de Assur y la gloria de mi nombre; yo las llevé y yo las restituí. Yo nombré la dignidad real de los árabes en la mujer Tabuya, procedente de mi palacio. Como compensacion á los dioses, que yo he restituido á este país, aumenté el tributo que daban á mi padre con sesenta y cinco camellos que yo le impuse de más» (2).

Sea de ello lo que quiera, cuentan los árabes que el tio de Balkisa, el dispensador de los beneficios, *Nashero'l Neam*, reinó sobre los pueblos del Yemen despues de ella, y emprendió una expedicion contra sus vecinos los de Africa. El resultado no fué feliz. Las arenas del desierto sepultaron una gran parte de su ejército: para perpetuar la memoria de este desastre y para hacer que sirviera de útil leccion á sus sucesores, este príncipe hizo levantar á la entrada del desierto una estatua de bronce con

(1) Masudi, manuscrito de la Biblia, traducido por M. de Sacy, *Memorias de la Academia de Turin*, t. XLVIII, p. 629.

(2) J. Epper. *Inscripciones Sargonidas*, loc. cit. «Este hecho es la confirmacion retrospectiva del episodio de la reina de Saba,» dice con razon el abate Darras.



estas palabras sobre el pecho: Nashero'el Neam, descendiente de Hymiar, levantó esta estátua: «quien quiera que seais los que estas palabras leyereis, no vayais más adelante; la vuelta es imposible, y la muerte segura.»

Desde Shamar, el «Temblon,» Iaraasch que le sucedió hasta Amram, la historia de los reyes de la Arabia no ofrece el menor interés. Siguen la suerte del Oriente y reconocen la supremacía de Ciro; es indudable que la conquista de los persas hizo colocar una nueva dinastía sobre el trono de Hymiar. Los hijos de Cahlán, otro vástago de la raza real de Heber, le ocuparon con Amram. Todo hace pensar que esta nueva série de reyes será menos brillante y menos guerrera aún que la que nos ha venido ocupando, y cuyos hechos más importantes hemos enumerado; es también indudable que existen grandes lunares en las listas que

nos han trasmitido los historiadores árabes.

La Arabia había perdido para muchos años la importancia del período precedente. Habitados desde la más remota antigüedad, dice Nuweiri, á salir de su territorio, recorrieron el universo mano armada, y llegaron hasta las extremidades del Occidente. Por el Oriente fueron hasta Samarkand, hasta las puertas del Caspio, y penetraron en las comarcas de la India. Pero en ninguna parte fundaron establecimientos; su conquista no era un imperio, no era más que un paseo militar.

En lo sucesivo estas excursiones serán menos frecuentes; se repetirán, sin embargo, algunas veces, pero siempre serán menos largas y siempre menos brillantes, hasta que una calma completa venga á anunciar y prepare la venida del falso profeta.

### CAPÍTULO XII

Asia occidental.—Fenicia.—Importancia de la Fenicia.—La Fenicia y los Faraones egipcios.—La Fenicia y los israelitas.—Navegacion, comercio y colonias de la Fenicia.—Reyes de Fenicia.—Reinos de Biblos y de Sidon.—Reino de Tiro.—Tiro y los profetas.—Tiro y los asirios.—La nueva Tiro.

Rica y de espíritu mercantil la Fenicia desde los tiempos de Abraham, pasó por todas las vicisitudes del Oriente; participó á la vez de las imposiciones de los grandes conquistadores de la Asiria y del Egipto. Sin embargo, estas dominaciones no hicieron más que debilitarla; ella proporcionó algunos cautivos, ó más bien algunos tributos para las inscripciones hiperbólicas de los grandes reyes ó de los Faraones; conservó su prosperidad material, su independencia y su poder sobre el mar. Sidon, la «gran Sidon,» se hizo dueña del Mediterráneo y de casi todo el comercio del mundo antiguo.

Su historia es en verdad y casi exclusivamente la de su navegacion, la de su negocio, la de sus colonias (1). Allí está su imperio; más sólido, más extenso que las invasiones ruidosas de los guerreros del Asia en Egipto.

No hay duda alguna que la Fenicia sufrió las vicisitudes que agitaron al Oriente, y que tomó parte en las conquistas de los dos poderosos rivales, á quien parece estar unida, la Asiria y el Egipto. No: ella echará con frecuencia en la balanza sus tesoros y sus armas, ella sufrirá derrotas casi siempre; pero en el fondo y á pesar de algunas humillaciones y tributos, salvará su independencia y su prosperidad. Nadie la excederá en su importante dominacion, en la dominacion de los mares.

También toma parte en el movimiento de

(1) Véase el excelente trabajo del juicioso y sabio Heeren: *Política y comercio de los antiguos pueblos*; véanse también los *Estudios de M. Movers* y la *Fenicia de M. Hofer*, 1852.

restauracion que precede al advenimiento de Seti I. Se la ve asociarse á la liga de los heteos (1), resistir las falanjes del Egipto, y poner en peligro la vida de Ramsés Hyk-Pen. El príncipe de Aratu, Aradus, figura en primer término entre los enemigos de Faraon; mas los carros del hijo de Ammon destruyeron el país de Isahí, la Siria Marítima, el país de Aratu, la Felicia y el país de Pu-lis-ta, los filisteos, en tanto que las naves, defendidas por bravos guerreros, destruían en las costas del «gran mar» las galeras de los confederados. También el jefe de la comarca marítima de «Sairdana» (Tiro y Sidon) debió figurar en las fiestas triunfales de Tebas, al lado del «vil jefe de los chetas,» prosternado delante de la majestad de Ramsés III.

Mas en esto no había otra cosa que una humillacion del momento; el castigo debía venir de otra parte, á lo menos para las tribus del interior.

En efecto, cuando en cumplimiento de las promesas hechas á Abraham, los israelitas subieron de Egipto al país de Canaam y tomaron posesion de esta patria, tanto tiempo deseada, la cólera divina les entregó las criminales ciudades de la Palestina, y el hierro y el fuego castigaron la corrupcion que allí reinaba. La mayor parte de las tribus cananeas fueron exterminadas.

Poco importante fué el nombre de estos pueblos guerreros, que como los ammonitas, los moabitas y los filisteos, conservaron en medio

(1) Los Khettim de la Biblia, los chetas de las *Inscripciones egipcias*.